AÑO XXIX — Nº 1412 —

EL DIA

MONTEVIDEO, FEBRERO 7 DE 1960

Suplemento Dominical fundado por Don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932



ESCRIBANO JORGE CARBONELL Y MIGAL

El fallecimiento de este relevante ciudadano ha significado para el país la pérdida de uno de sus más destacados valores intelectuales y morales, inteligencia de excepción, cultura amplia, espíritu democrático, y por sobre todo ello, en difícil superación de tantos dones, una infinita bondad que le ganaba en seguida el cariño de cuantos le conocieron, sonriente y cálido, comprensivo y cordial. Desde los puestos públicos que le tocó desempeñar, siempre con dignidad y sapiencia, desde el aula, y en las disciplinas periodísticas, demostró esas cualidades caballerescas que lo rodearon del afecto respetuoso, de quienes le trataron.

Fotografía JUAN CARUSO

LA afirmación deja un sabor amargo en la boca; quizá a muchos parezca exagerada o escéptica; tal vez no falte quien —¡ojalá!— pueda probar lo contrario. Pero debemos ser sinceros con nosotros mismos y confesar de una vez por todas: Treinta y Tres no mereció un lujo como aquel que con derroche de algunas de las más nobles pasiones que suelen iluminar a un hombre, y con la prodigalidad que a pocos como a él le estaba permitida, le colocó un día el Dr. Francisco N. Oliveres sobre uno de los remansos más hermosos del hermoso Yerbal de las Sierras. No lo mereció; digámoslo con franqueza, a fin de que el ejemplo nos sirva para algo. No lo mereció; como lo prueba la impasibilidad, la indiferencia, la inconsciencia con que lo dejó perder para siempre.

Y decir que aquello fue, mientras lució allí enmarcado por los montes solariegos, uno de nuestros más preciados orgullos. Una de esas cosas que no obstante estar permanentemente en todas partes, están permanentemente solicitando la atención. La Quinta de Oliveres la solicitaba a través de de todos los sentidos. Era imposible eludir la atracción de su colorido múltiple, siempre varios tonos por encima del conjunto aldeano sobre el cual se insertaba. Era imposible evitar la tentación de sumergirse bajo las fragantes galerías arboladas de sus paseos. Era imposible sustraerse al encanto de su voz recorriendo el pueblo de punta a punta en el fresco pregón de los gurises vendedores. Era imposible eludir su perfume, su sabor, su permanente contacto, si estaban esparcidos por todas partes en puestos, carros y carretillas, en todas las reuniones al aire libre, en nuestras casas, en nuestros bolsillos, en nuestras manos. Nada hubo, en su tiempo, tan identificado con la vida y la salud, la riqueza y la alegría, la sangre, la respiración, la sístole y la diástole de Treinta y Tres del Olimar, como la Quinta de Oliveres.



Vistas del chalet de la familia

RECUERDOS DE TREINTA Y TRES

LA QUINTA DE

*

Llegaba un forastero al pueblo, y nada había más lindo para un treintaitresino, que llevárselo allá. Verlo después paladear barata, gozosa y displicentemente la fruta recién arrancada que llevábamos a un banco bajo la fronda, desbordando un cesto de mimbre. Oirlo luego, saturado de jugos, aromas, frescura, trinos y colores, despacharse con las más encendidas loas a la naturaleza, al universo, a América, al Uruguay, a Treinta y Tres... a aquel rinconcito junto al Yerbal donde había nacido y se estaba desplegando su inspiración.

Hacía un día lindo de verano y nada —salvo el Olimar— invitaba más a un paseo que aquella perenne incitación de la fruta fresca, la sombra reconfortante, el suave verdor. Hacía un día feo de invierno y —salvo una de esas reuniones a puerta cerrada, mate amargo, torta frita, guitarra, botella y tabaco— nada tenía más fuerza contra ese hastío pueblerino que se incuba bajo las cerrazones y al son del traqueteo de los carros por las calles solitarias, que un dia loguito con uno de aquellos cestos repletos de naranjas y mandarinas perladas de gotitas de lluvia.

Se concretaba una de aquellas memorables "rabonas" al Liceo, y por muy numerosa que fuera la partida de los alzados contra la enseñanza pública, a nadie se le podía ocurrir nada más completo para llenar las pocas horas de libertad ganadas a punta de coraje, que una suculenta "panzada" de cuantos dones prodiga la madre naturaleza y muchos más, en alguna soledosa ensenada de aquel verdadero rincón del edén. Todo a cambio de unos pocos reales reunidos a razón de no más de diez o quince centésimos por cabeza.

Nacía un romance contra la corriente (y la corriente eran padres, hermanos, cuñados, tíos, padrinos, abuelos, bisabuelos, tatarabuelos, sirvientas, mucamas, cuzcos y gatos); o "a espaldas" de la corriente pero al margen de algún compromiso previo de esos muy comprometedores, y habida cuenta del cine y las retretas para la noche, ¿dónde iba a estar el refugio diurno, cuanto más chiquito más apropiado para abrigar al recién nacido amor? No precisaba insinuarlo el culpable, para que la culpable se pusiera a mirar suspirando hacia los confines de la calle Real, y al instante estuviesen ambos en marcha a paso redoblado, en busca del sitio donde al diálogo le estorban las palabras.

Una yunta o una docena de comadres querían despuntar el vicio a cubierto de la indiscreción de vecinos, maridos, nueras, yernos y demás seguros, probables y posibles sujetos de la oración en el correr de un "pico a pico", libre e independiente, y no tenían más que darse cita allí, mandar llenar un cesto y salir en busca del lugar donde a la lengua le estuviese permitido doblarse y desdoblarse a sus anchas... y a sus largas.

Andaba uno necesitando de ese remedio universalmente conocido contra todos los males, que se llama Soledad, y podía estar seguro de que un buen paseo diario por entre las arboledas de la Quinta de Oliveres, lo dejaba curado en poco tiempo de su padecimiento, así éste tuviera el nombre de un amor perdido o de una suegra encontrada, de un acreedor afligido o de un deudor sin aflicciones.

*

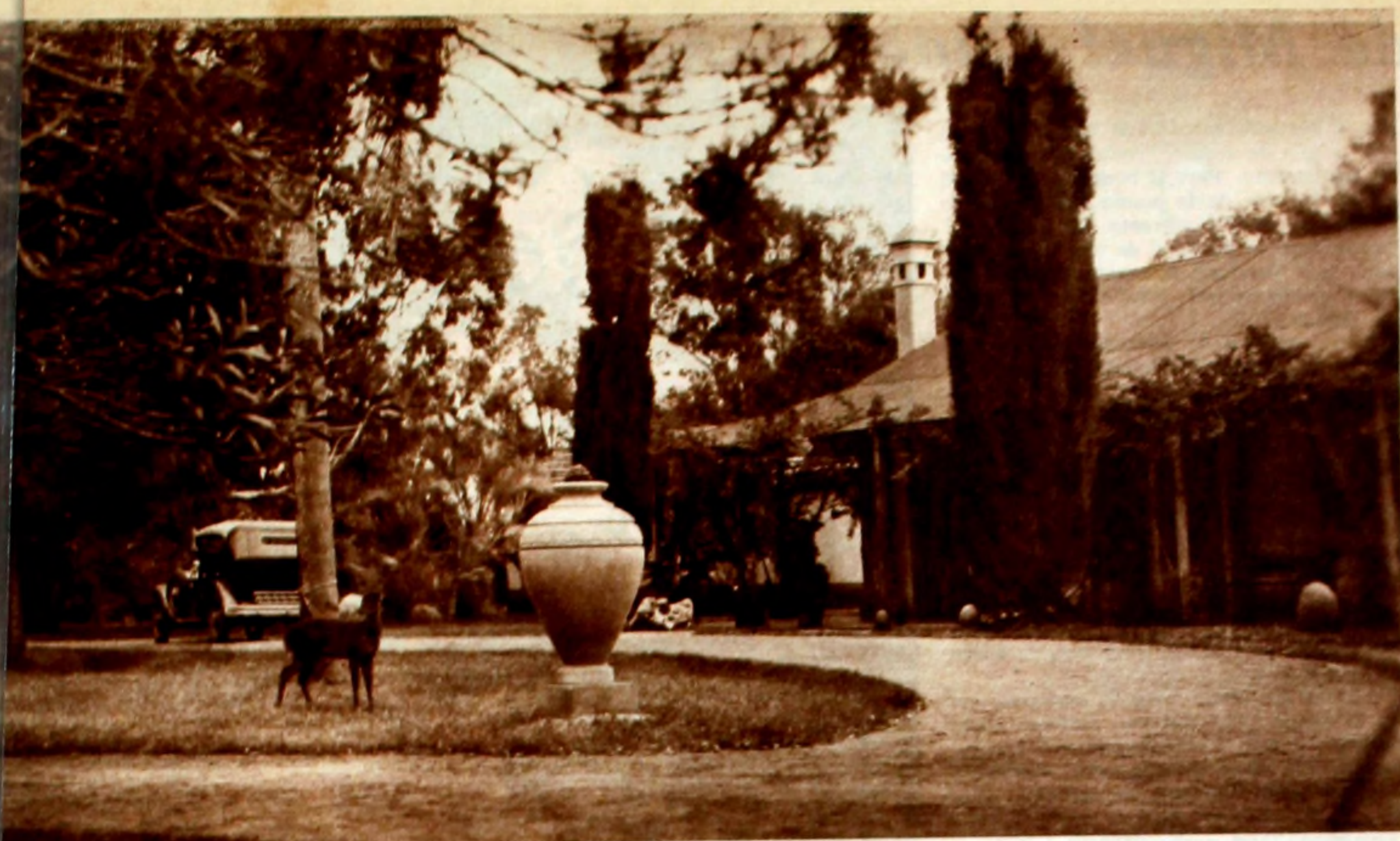
Eran quince o veinte hectáreas cubiertas por las más diversas especies frutales y maderables, limitadas al Oeste por el camino a la Isla Patrulla que salía por el puente viejo sobre el Yerbal; al Este por la calle Juan Antonio Lavalleja y al Norte por el arroyo Yerbal. Se entraba por una inmensa portera frente a la última calle del barrio



He aquí una vista del remanso del Yerbal sobre el cual se recostaba la Quinta de Oliveres.



Esta será la nueva ruta que atraviesa el Yerbal. A la izquierda puede apreciarse el mustio aspecto de la antigua Quinta "Las Delicias".



...veres. (Foto De Grandi).

...DE OLIVERES ("LAS DELICIAS")

La Floresta, la que pasaba contra el campo del Matadero y moría precisamente allí, frente a la Quinta. A la izquierda estaba la casa del encargado, con un inmenso galpón donde se colocaba la fruta para el consumo del día. Por allí desfilaban los vendedores del pueblo y sus aledaños, a cargar carros, carretillas, bolsas y canastos. Por allí también desfilaban los visitantes a surtirse para el rato que estuviesen o para el consumo domiciliario.

De la portera de entrada partía una espléndida avenida que luego de extenderse varias cuadras bajo una amplia bóveda de follaje, iba a rodear el entonces lujoso chalet donde residía el dueño, flanqueado por amplios patios en cuya ornamentación competían canteros, estatuas, azulejos y una admirable variedad botánica de todos los colores, formas y tamaños. Por aquí y por allá, islotes de coronillas, palmeras, ceibos, eucaliptos, acacias, álamos, pitangueros. Y hacia todas las direcciones, frutales de todas las especies imaginables: desde el guayabo al arazá, desde el cerezo al granado, desde el manzano de California a la higuera criolla, sin contar membrilleros, ciruelos, naranjos, mandarinos, guindos, durazneros, perales, etc.

*

El pueblo tenía fruta abundante y barata; tenía una fuente de trabajo para mucha gente; tenía un lugar de expansión, un recreo para pobres y ricos, chicos y grandes, en la Quinta de Oliveres. Si visitarla, pasear por sus caminos y recovecos, sentarse en sus bancos y comer hasta hartarse, constituía una verdadera fiesta, sólo pasar por allí en las épocas de floración, escuchar en ocasos y amaneceres el concierto de sus miles de pájaros o mirar la inmensa mancha de sus montes ir trepando la ladera hasta coronar la altura desde donde se veía extenderse allá abajo, hasta el infinito, la oscura culebra del Yerbal de las Sierras, constituía uno de los más puros placeres treintaitresinos.

Con esa visión en los ojos, partimos un día de Treinta y Tres del Olimar. Con ese orgullo lugareño rebosándonos. Con el sabor de esas frutas, el frescor de esas sombras, el perfume de esas flores, el canto de esos pájaros, el recuerdo cálido de aquellas "rabonas", el dulce recuerdo de aquellos dialoguitos sin palabras. No pudimos decirles adiós a esas cosas, como no pudimos decírselo al Olimar, a las retretas, al Liceo viejo, a los carnavales, a las serenatas, a nada de nuestro pueblo. Hubiese sido como decirnos adiós a nosotros mismos. El tiempo y la distancia jamás fueron capaces de desfigurarnos ningún afecto. Y por si lo hubieran podido ser, llevábamos la decisión —que hemos estado cumpliendo permanentemente— de desandar los caminos del tiempo y la distancia para renovar la visión directa de nuestros verdaderos afectos olimareños.

Infelizmente, a esta altura ya forman legión estos recuerdos de allá, cuya visión directa sólo podemos renovar regresando en el tiempo. Si hubiéramos perdido esa facultad de la evocación, nunca más habríamos podido acercarnos a muchas de estas cosas que señalan nada menos que el preciso rincón del planeta de donde salió esto que reconocemos como nosotros. No nos habríamos acercado nunca más, porque ya de nada nos valdría un viaje a Treinta y Tres en pos de ese reencuentro. De nada nos valdría; porque esas cosas ya no existen allí donde fueron.

Y... la verdad sea dicha: estábamos demorándonos entre estas ramitas por donde nos habíamos ido, para preparar el ánimo antes de destapar esta raíz: la Quinta de Oliveres no existe más; la Quinta de Oliveres fue borrada para siempre del rostro de la tierra; la Quinta de Oliveres desapareció barrida por la plata; la Quinta de Oliveres era demasiado lujo para Treinta y Tres.

Apenas muerto el hombre que seguramente se propuso reproducir algún ensueño de juventud sobre aquel remanso del Yerbal, la realidad del ensueño se convirtió en ensueño de una realidad. Reproduciendo quién sabe qué otros ensueños, otro hombre compró las quince o veinte hectáreas y las llenó de ganado; luego les arrancó las cañerías de riego para vender el material que entonces valía mucho; luego les hizo meter hacha a los árboles; luego vendió lo que quedaba. Y ganó miles, decenas de miles, cientos de miles de pesos. Y nadie de nosotros salió a pelear por lo que era nuestro, peleadores como somos por cuanto hay y no hay digno de pelea. Nadie, que sepamos. Absolutamente nadie.

Treinta y Tres del Olimar perdió aquel orgullo, aquel lugar de expansión, aquel retiro apacible, aquel rincón ubérrimo, aquel verdadero centro económico-social. En su lugar se está formando un barrio. Flanqueándolo por la izquierda, entra a la ciudad la nueva ruta a la Isla Patrulla, luego de cruzar el magnífico puente nuevo del Yerbal. Hermosas perspectivas, augurios de un futuro de expansión y progreso para la ciudad del mañana. Pero... ¿habrá uno solo de nosotros —los que venimos de la ciudad del ayer— que cambie todo eso que luce y reluce allá, calle Real afuera, por todo esto que dura y perdura aquí, carne y alma adentro?...

Julio C. DA ROSA

(Especial para EL DIA)



Hermoso rincón que a más de uno habrá de evocar seguramente gratos recuerdos. (Foto De Grandi).



Vieja casa próxima a la portera de entrada ocupada entonces por el cuidador de la Quinta. (Foto De Grandi).

El cencerrito de Miguel Canosa

RUMIAR una sospecha es uno de los trabajos más angustiosos que pueda cumplir el hombre. Le damos vuelta, la roemos, y ella continúa íntegra atormentándonos. Al fin, si cristaliza en algo, sea en bien o en mal nuestro, sentimos un desahogo, nos libramos de una carga agobiante. Si no tiene solución sigue como un cáncer dormido.

Don Miguel Canosa, hacendado del Norte, estaba en eso. Una sospecha se le había clavado más allá de la carne, le estaba lacerando el alma. Su mujer y Leonel Pintos, en cualquier encuentro que hubiera, se cambiaban miradas elocuentes; esas miradas que dicen más que las palabras y que los gestos; que acarician o repudian, que ríen, lloran o gritan.

Canosa había conocido a su mujer en un día trágico. El capataz de un amigo suyo —padre de ésta— había venido a su campo a levantar un ganado. En el aparte, su caballo fue corneado por un novillo. Se le alzó, desprendiéndolo del recado; fue arrastrado y deshecho. Canosa hizo llevar el cuerpo a su rancho. Allá acordó un amparo generoso a su familia. Se encontró con Clara. Tenía diecinueve años, era morena, agraciada. Quedó prendado, entre piedad por su dolor y calor por su belleza. En el correr del tiempo se casó con ella. Le llevaba diez años.

El hacendado ya había notado que con el tiempo Clara fue poniendo distancia entre ellos. Le rehuía, en otro cuarto tuvo cama que a veces compartía con él, pero con carne fría y hastiado gesto. Fue casi indiferente con la hija de ambos, a quien Canosa amaba tiernamente. Pero el hombre no protestó nunca, a pesar de la pasión que sentía por su mujer, cálida y vibrante. El sentía profundamente su dignidad de varón, creía que sería ruin mendigar, mantenía férreo su estoicismo. Entre todo esto el tiempo seguía su camino.

Cierta mañana de enero llegó a la estancia un hombre. Pidió trabajo, venía de lejos, su caballo no daba más. Canosa lo atendió. Lo vio hosco, encuevado, pero parecía sincero.

Tres días después despertado súbitamente en su siesta, sacudido quizá por algo que latía en su subconciencia, se enderezó en su cama. Abrió un postigo de la ventana y vio en la sombra de la enramada a su mujer y al forastero, hablando. Fue breve la escena, sin ademanes, casi sin palabras. Luego se separaron. Cerró el postigo. Y sintió entrar con velados pasos a ella y tenderse de nuevo en su cama.

Al otro día, como todos el estanciero salió al campo. Fue abriendo porteras. Después, en un galope tendido enderezó a la comisaría. De allí salió junto con el comisario, al paso, rumbo a la pulpería del sordo Mieres.

—Mire, Trías —iba diciendo Canosa al otro— acá adentro, más escondido de lo que está el corazón, tengo un cencerrito. Debe ser algo como la guía del caballo pa su querencia o la de la hormiga pa su casa. Siempre que he estao cerca de algo fiero, ha sonao. Hace algún tiempo lo vengo sintiendo; pero ayer me sonó juerte, como el de una yegua madrina que disparara...

Y siguiendo al tranco, mirando adelante, sin cambiar de gesto ni de modo, Canosa continuó:

—Usté y yo, Trías, semos amigos viejos. Mire... —se reconcentró un instante—. Mi mujer y Leonel Pintos están tejiendo algo negro... Quieren terminar conmigo.

El comisario observó a su compañero de camino.

—Mire, Trías: hace pocos días llegó un hombre a mi casa, pidió trabajo y yo le dí el domarme unos potros. No los va a domar; su quehacer es matarme.

Siguieron largo rato en silencio. Al fin Canosa expresó:

—Pero yo les viá seguir el juego carta a carta...

Dos días después, en seguida de cenar, Clara habló a su esposo:

—Mañana quiero ir a casa de mama. Hace tiempo que no la veo.

—Bueno. Que Cleto te lleve en el breque. ¿Me dejás la nena?

—¡No, que venga conmigo! —replicó con vehemencia; y siguó—: Dame unos pesos pa dejarlos allá...

—Mañana te los doy.

—Dámelos ahora, así los meto en la valija. Salgo temprano y quiero dejar todo pronto.

Se levantó Canosa y fue a un pequeño escritorio que tenía. Abrió la *burra*. Contó cincuenta pesos. Uno de los papeles ostentaba una marca de ganado hecha toscamente a lápiz, quién sabe por quién.

En el amanecer acompañó el coche hasta la última portera del campo. Después quebró hacia la comisaría.

Llegó a su casa sobre el mediodía y en el galpón, al ver los ojos del domador, que lo miraron fugazmente, sintió sonar su cencerrito. Comió solo, se acostó pero no pudo dormir la siesta. Cayó en una honda meditación. Se levantó, fue al escritorio, revisó una pistola que guardaba, le cambió las dos balas. Hizo llamar a Cisneros, peón de su íntima confianza.

—Esta noche —le dijo— dispués que se acuesten todos zafate del galpón y vení al comedor. Tenemos que hablar. Traé un sobeo...

Salió al campo y volvió de tardecita. Fue a su dormitorio y allí, con unas almohadas arregló su cama como si en ella estuviera él dormido. La sábana cubría la cabeza... Dejó, como casi siempre, la ventana entreabierta. Cenó y esperó. Una hora más tarde entró silenciosamente Cisneros. Con él se fue a la habitación donde su mujer dormía. Apagaron las luces y esperaron. Cerca de la medianoche, que era de clara menguante, sintieron un roce en la ventana. Púsose de pie Canosa y ávido el oído y tensos los nervios aguardó. Y se sintió una detonación tremenda seguida de otra que levantó el ladrar de los perros y el clamor de la servidumbre. Canosa y Cisneros saltaron. En el cuarto vieron al domador a punto de llegar a la ventana. Cayeron sobre él. Un minuto después estaba amarrado a una silla, reatado con el sobeo. Al tropel de peones y sirvientas, que allí acudieron, Canosa dijo:

—No jue nada, se me cayó la pistola y reventaron los tiros. Vayan a dormir, sosieguen los perros.

Entonces encendió una lámpara y con ella alumbró bien al domador. Se sentó frente a él.

—¿Quién te mandó matarme?

El otro, que sintió la imposibilidad de mentir ante aquel mirar fijo del hombre, sacudida la mente por la aparición insólita de éste cuando lo creyó deshecho, humilló la cabeza y respondió:

—Su mujer y don Pintos.

Canosa se volvió a Cisneros.

—Ensillá y andá al rancho de Clara. Y decile que hoy me mataron.

En eso se sintió un grito afuera.

—Es Trías —dijo el hacendado—; que pase.

Sobre la media tarde llegaron a la estancia Clara y Pintos. Canosa había ordenado a Cisneros que los hiciera pasar rápidamente, y a sirvientas y peones que no abrieran la boca.

Cuando Clara traspuso la puerta del dormitorio de su esposo quedó paralizada de espanto; él estaba sentado junto a Trías, frente al domador amarrado. La niña corrió hacia su padre y lo abrazó frenéticamente. Ella balbuceó:

—Pero...

Canosa se levantó.

—Vea, Clara —le mostró la cama— ahí estoy yo muerto, a quien usté y ese bandido mandaron matar.

Y levantó la sábana quemada por los disparos.

—¿Por qué me salís con ese disparate? ¿Que yo te mandé matar?

—Mire —le mostró el dinero que había sacado del cinto al domador— estos cincuenta pesos yo se los dí a usté ayer pa que se los dejara a su mama, valga su pedido. Son los mismos, ese papel con esa marca de horqueta estaba con los otros. Usté y ese bandido le ofrecieron mil a este hombre. Y este hombre anoche dejó el caballo ensillao atrás de la manguera, que hoy apareció y allí está entodavía. Después saltó la ventana y recostó los dos caños de la pistola contra lo que creía que era mi cabeza y reventó las balas. Con Cisneros lo atamos. —Bruscamente se dirigió al domador—: ¿Es verdá lo que he dicho?

Y el hombre sordamente respondió:

—Sí, señor. Hace tiempo que don Pintos habló conmigo y comenzó a cercarme con promesas. Me dijo que me daría mil pesos, hecho el trabajo, y que me juera al Brasil; y que si cáia preso aquí él me atendería pa sacarme pronto y darme un güen vivir...

Hubo un silencio dramático. Canosa dijo al fin:

—Clara, ¿por qué mandó matarme?

Y como ésta no respondiera, siguió:

—Yo sé por qué: la hacienda pasaría a ser suya y usté de ese foragido... Yo la recogí de un rancho, la traje a mi casa ande fue dueña, atendí a su mama y a sus hermanos. ¿Por qué no me dijo que yo ya no dentraba en sus hambres?

Y luego de mirarla profundamente, terminó:

—Conmigo ya no tiene nada que ver. Aura le toca el turno con Trías.

Pintos miró las puertas de la habitación. Pero estaban tapadas por peones, sirvientas y tres soldados que Trías había llevado.

En el coche en que llegaron, Clara y el otro partieron junto al domador. Canosa, afuera, los vio irse. Después entró en su casa con su hija. Y cayó en un sillón rodándole grandes lágrimas por sus mejillas. Trías que fue a despedirse de él, le dijo:

—¿Qué le pasa, Canosa?

—Yo la quería mucho, Trías; se me ha perdido. Aura me tocó llorarla... esto no dentró en el aviso de mi cencerrito...

José MONEGAL

(Dibujo del autor)

(Especial para EL DIA)

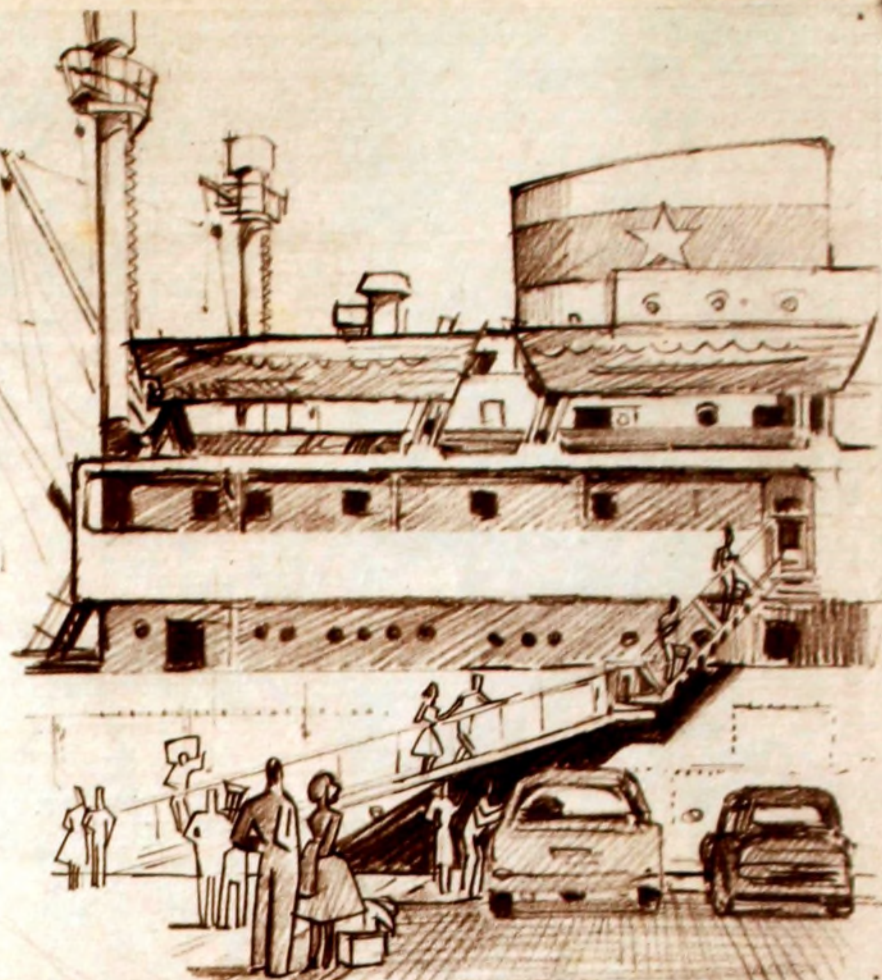


LA INVITACION AL VIAJE...

DIBUJOS DE
PIERRE FOSSEY

La inmensa mole del "GIULIO CESARE" pronta para salir rumbo a GENOVA Y NÁPOLES



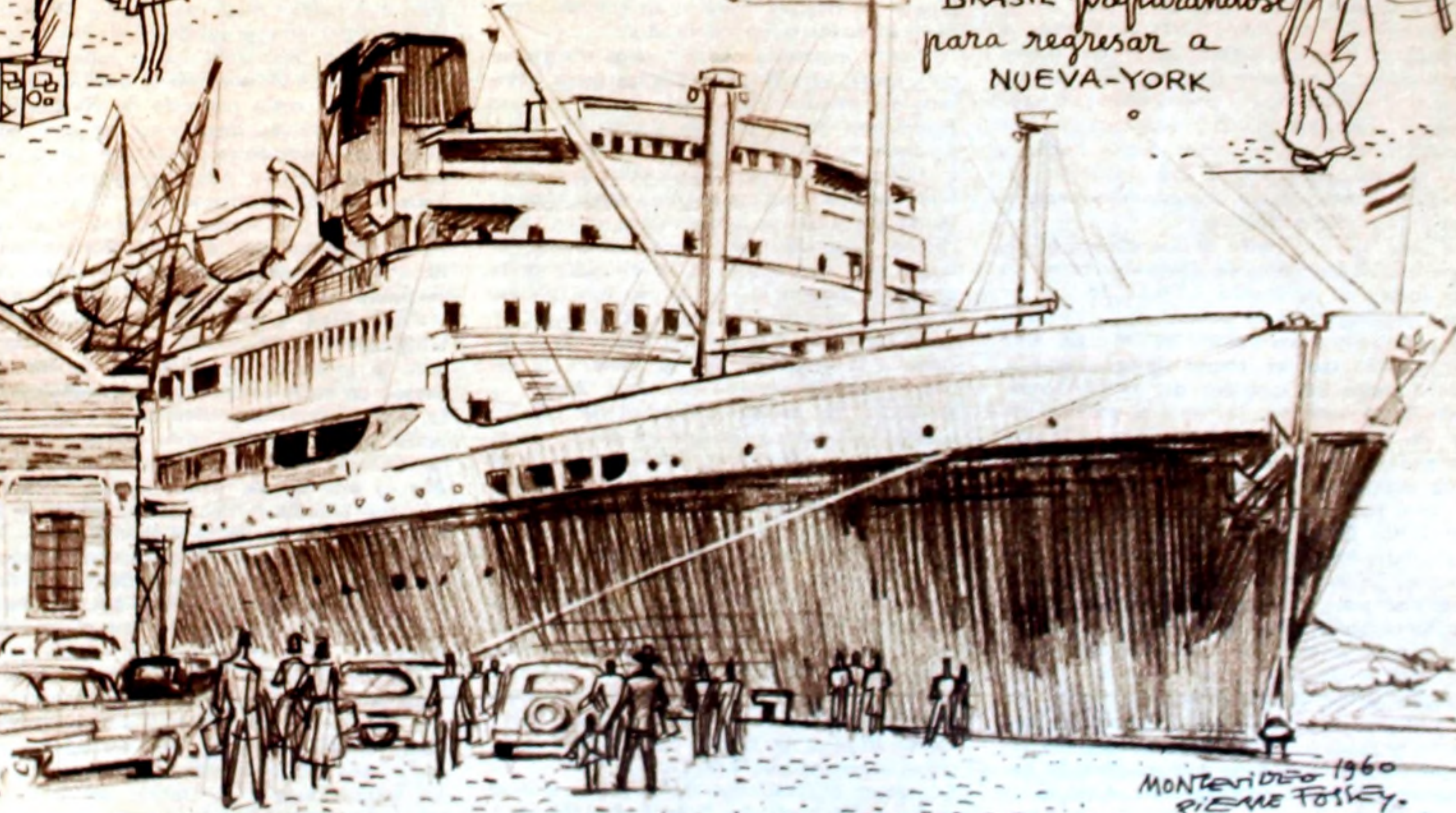


El "ALCOR" cuya meta final es ROTTERDAM



El ultra-moderno "BRASIL" preparándose para regresar a NUEVA-YORK





El "PROVENCE", después de tocar los exóticos puertos de BAHIA y DAKAR terminará su viaje en MARSELLA



Figurilla olmeca en jadeíta. Covarrubias ha comparado la predilección por el jade entre los chinos y olmecas con una argumentación etnológica muy interesante. (Colección Kurt Stavenhangen).



Según Max Uhle el dios mexicano de la lluvia Tlalac es semejante a una deidad china representada en los bronces de Shansi. (Códice Magliabechi 32; dibujo de M. Covarrubias).

EL ORIGEN DEL HOMBRE AMERICANO

TEORIAS ORIENTALISTAS

Los chinos en el Nuevo Mundo —

LA similitud de rasgos físicos entre los pobladores del Extremo Oriente y los indios americanos hizo pensar a muchos tratadistas de la era precientífica que el mongolismo americano era hijo del asiático, si bien alterado por las adaptaciones al nuevo ambiente geográfico. No había que efectuar, para llegar a esta conclusión, concesiones a la autoridad teológica representada por la Biblia, ni a los relatos míticos, ni a las imaginaciones turbulentas. Se imponía simplemente, objetivamente. Párpados con abultado pliegue epicéntrico, pómulos prominentes, cabellos cerdosos y narices mesorrinas eran caracteres físicos compartidos, entre otros, por los asiáticos del Extremo Oriente y los habitantes primitivos de América. Y a raíz de este sencillo paralelismo los chinos fueron señalados como posibles antepasados de nuestros indios.

Los orígenes chinos, empero, deben ser sometidos a un análisis discriminatorio. Hay teorías que se concretan a señalar contingentes chinos inmigrando en masas cualitativamente apreciables; otras se limitan a descubrir influencias culturales de orden cualitativo; finalmente hay hechos que certifican contactos reales provocados por naufragios ocurridos en la costa pacífica de América. A esto se suman viejas tradiciones chinas, al margen de toda hipótesis, en el puro ámbito de la leyenda tergiversada por intérpretes europeos.

Quien primero habla de los chinos, el inevitable Padre Gregorio García *(Origen de los Indios de el Nuevo Mundo, 1607)*, los hace participar en el polvoriento torbellino de pueblos que los tratadistas del siglo XVI empujaron, con el viento de su fantasía, desde todos los rincones del mundo conocido hacia América. Se trataría, en este caso, de una contribución somática: el chino como ingrediente prehistórico de la población indígena del Nuevo Mundo.

Otra vuelta de tuerca se opera en el siglo XVII. Entre los eruditos sinómanos de este siglo fermental para la ciencia se destaca el jurista Hugo Grocio quien, bastante ecléctico por cierto, indicaba además contribuciones oceánicas y escandinavas en el poblamiento inicial de América *(Disertatio de origine gentium americanorum, 1643)*. Grocio no se limita a señalar, como los contemporáneos del Padre García, el solo factor somático. Es un fino analista, un espíritu afecto al método comparativo. El humanista holandés concentra su atención en los antiguos peruanos y advierte que muchas instituciones políticas y estructuras sociales del Tahuantisuyo poseían sorprendentes similitudes con las chinas. Aquí ya no se trataba de comprobar semejanzas raciales sino que amanecía una teoría cultural difusionista que seguiría mereciendo el interés de investigadores futuros hasta desembocar en el orquestado y rico cuerpo de la vasta teoría de Max Uhle formulada en 1939.

En efecto, dentro del ámbito cultural —y permítasenos evadirnos en una necesaria digresión de la cárcel del tema histórico— se han descubierto significativas coincidencias entre China antigua y América precolombina que bien pueden ser hijas de la difusión, grata a la escuela de Viena, o bien hijas de la invención independiente, como quiere la escuela norteamericana inspirada en Bastian y quizá en subjetivismos no confesados o no advertidos.

Vamos a pasar revista a estas coincidencias, todas advertidas en los primeros decenios de nuestro siglo. Así, Erich M. von Hornbostel en su artículo *Chinesiche Ideogramme in America, ANTHROPOS, XXV, 1930)* procura demostrar la semejanza existente entre los signos de los indios *cuna* de Panamá y algunos antiquísimos ideogramas chinos. Digamos, para hacer inteligible el tema, que el proceso de la difusión de la escritura ideográfica, y la escritura en general, es complicado. Según R. Heine-Geldern, un noble que tuvo la suerte de dedicarse a la etnología (¿o al revés?), la escritura habría surgido en Asia Menor a mediados del milenio IV antes de J.C. Ya a fines del mismo aparece en Babilonia y, siguiendo su marcha al Oriente que en el Occidente está contrapesada por las escrituras arcaicas minoicas, en el año 3.000, ante el estímulo de la vieja cultura microasiática representada por la cerámica gris y negra surge, en el norte de Persia y el Turkestán sudoccidental, acompañando la Cultura Cáspica Oriental. Desde este centro se irradia hacia el valle del Indus y a mediados del milenio III hace su irrupción en las metrópolis neolíticas de Harappa y Mohenjo-Daro mientras que otro potente ramal llega a la China para asistir a la creación, en el año 2.000, de la Cultura de Lungshan *(China, die Ostkaspiche Kultur und die Herkunft der Schrift, PAIDEUMA IV, 1950)*. Las similitudes entre la escritura de Harappa y Mohenjo-Daro con la de la isla de Pascua, así como los parecidos entre los caracteres ideográficos *cuna* y la vieja escritura china anterior a los Shang cobran entonces una nueva dimensión, ya que se deben investigar previamente los saltos vinculadores y las estaciones diferenciadoras sobre los trampolines sudasiáticos y oceánicos intermedios. Y esta investigación, pese a los ingentes esfuerzos de Th. Bartel, Heine-Geldern, von Hevesy, Yung Keng, Imbelloni y otros, está aún en pañales.

En los dominios del arte se han hallado también coincidencias, esenciales unas y formales otras. Entre las esenciales, referentes a la cosmovisión, se alínea la señalada por Leonhard Adam, el jurisconsulto alemán que halló tiempo para ser además historiador del arte primitivo y sinólogo. Este especialista, utilizando los reputados estudios de Franz Boas sobre la estética de los indios de la costa noroeste de Norteamérica, ha puesto de manifiesto las profundas similitudes existentes entre las concepciones, el simbolismo y los procedimientos artísticos de los aborígenes del "rea del salmón" y los pobladores de China primitiva. *(Das Problem der asiatisch-altamerikanischen Kulturbeziehungen mit besonderer Berucksichtigung der Kunst, WIENER BEITRAG ZUR KUNST UND KULTURSGESCHICHTE, V, 1931)*. Adam no se rinde ante la tentación de establecer un vínculo causal, un claro empréstito, y, prudentemente, explica estas coincidencias por las semejanzas de mentalidad antes que por la posta cultural de contactos prehistóricos, ya que el arte de los *haida, tinklit, kwakiutl* y otros escultores de postes totémicos es muy posterior al de la China arcaica. Por otra parte, esta zona geográfica es el caballito de batalla de los que defienden la teoría de las influencias polinésicas, en particular neozelandesas, desde Ratzel en adelante.

En un incitante estudio sobre el arte olmeca, Miguel Covarrubias, quien confiesa que su interés por aquel precursor pueblo "llegó a convertirse en una verdadera manía", hace unas consideraciones acerca de las utilizaciones y el sentido del jade entre los chinos y los habitantes de "la región del hule" que verdaderamente provocan curiosidad. El jade, material en el cual se esculpieron estatuillas deformes o demoníacas y figuras tan admiradas como el "Hombre de pie", no solamente era una piedra preciosa. Al igual que en la China, el bello *chalchihuitl* tenía en su seno fuerzas mágicas dispensadoras de buena suerte. El predominio de los elementos ovoides en la escultura, tan bien interpretado por Covarrubias en su citado trabajo *(El arte olmeca, CUADERNOS AMERICANOS, 1946)* permitiría una aproximación entre los budas sedentes y la curiosa estatuilla de jadeíta de postura casi búdica que ilustra esta página.

Dejando de lado los esfuerzos por comparar las concepciones míticas realizados por E. Erkes en su artículo de 1926 *(Chinesisch-amerikanische Mythenparallelen)* queda por considerar la teoría armónica y articulada expuesta por Max Uhle en el Congreso Americanista de Lima de 1939. El sabio arqueólogo alemán presenta en la misma una serie de paralelismos entre el arte y las concepciones míticas de China y el antiguo México. Además de identificar ciertos dioses del panteón mexicano con deidades chinas de labio superior arremangado y prominentes y largos incisivos, llega a decir que el calendario, de invención mesopotánica, es traído a Mesoamérica por inmigrantes chinos. La civilización inyectada en las estructuras culturales preclásicas del área mexicana y maya se desplaza luego hacia el Sur, hasta llegar al Perú. Max Uhle rastrea este camino buscando siempre la impronta de la cultura china del siglo XII a. de J.C., traducida en técnicas artísticas y en concepciones estéticas peculiares.

La lista de los paralelismos sino-americanos no se agota con los anteriores ejemplos. Pero la digresión, a su vez, debe terminar. Obsérvese que estas teorías no hablan de pobladores iniciales sino de núcleos colonizadores superpuestos a las primitivas organizaciones tribales, de inmigraciones de *élites* dotadas de condiciones estadopoyéticas y mentalidades superiores que actuaron de modo fecundante sobre la matriz indígena. Los hechos, finalmente, son pocos pero convincentes. Ellos demuestran que no es difícil que náufragos chinos, en lejanas épocas, hubieran incorporado algunos rasgos y hasta complejos culturales a las arcaicas civilizaciones amerindias. W. H. Holmes, en su *Handbook of Aboriginal American Antiquities*, 1919, refiere que una máscara de los chilkat, indios situados en la mentada costa noroeste de Norteamérica, tenía las cuencas de los ojos rellenas con dos monedas chinas, y agrega que la antigüedad de la máscara era superior a los doscientos años. Hay además testimonios de náufragos japoneses cautivados por los colúmbidos a principios del siglo XIX.

El misterioso país de Fu-Sang —

Los chinos no cuentan solamente como pobladores, civilizadores o náufragos en la prehistoria de nuestra humanidad indígena. Figuran también como descubridores de América. Según el relato del escritor chino Ma-Twan-Lin, hacia el año 499 llegó a China, procedente del lejano Fu-Sang, el monje budista Hoei-shin. La descrición del mencionado monje sitúa a dicho país a 20.000 *lis* al oriente de China y explica que el nombre le viene al mismo por la presencia del árbol así llamado el *hibiscua rosasinensis*, según Vivien de Saint-Martin). En Fu-Sang reina un soberano denominado *I-ki*, a quien rodean tres clases de nobles. Las gentes son pacíficas: no se conocen las guerras y por lo tanto por ningún lado se ven lanzas y corazas. Abunda el cobre y no existe en absoluto el hierro; aunque frecuentes, no se valoran en demasía el oro y la plata. Las ciudades son abiertas, sin empalizadas que las cerquen, y las viviendas están construídas con planchas. En Fu-Sang hay caballos, vacas y ciervas domesticadas que se ordeñan para fabricar queso. El ganado vacuno, de largos cuernos, se emplea también para transportar cargas. Los vehículos son arrastrados por caballos, bueyes y los ciervos más vigorosos. La civilización de Fu-Sang merece este nombre pues se conoce la escritura, la cual se practica sobre un

papel fabricado con las fibras del tronco del *fu-sang*. En la última parte de su narración Hoei-shin dice textualmente: "En la antigüedad no se conocía en Fu-Sang la ley de Buda, pero en el año segundo del período Ta-Ming de la dinastía de los Song (año 485 de nuestra era) cinco monjes menicantes —*bhikshus*— se trasladaron del reino de Afganistan —*Ki-ping*— hasta Fu-Sang. Allí ellos difundieron las leyes, los libros y las imágenes budistas; merced a sus prédicas convirtieron a los pobladores, modificaron sus costumbres y los adoctrinaron convenientemente".

Hasta aquí la leyenda, o la narración si se prefiere. En 1761 el orientalista francés Joseph De Guignes publica en el volumen Nº 28 de las *Memorias de la Academia de Inscripciones* una laboriosa tesis en la cual

de donde hemos compilado los anteriores datos. No obstante ello, hay investigadores chinos en pleno siglo XX que insisten con la censurada identificación.

La predicación budista atribuída a los cinco monjes afganos del relato de Hoei-shin tiene su réplica en la pretendida predicación de Santo Tomás en el Nuevo Mundo, quien fue identificado con el benévolo y civilizador Quetzalcoaltl por los misioneros cristianos españoles. Pero ya nos estamos evadiendo del tema en demasía.

Tártaros, japoneses y mongoles —

Al extendernos deliberadamente sobre los posibles contactos entre China y América indígena obviamos los similares desarrollos que exigen las teorías antiguas que ven en



Máscara de los indios Bella Coola. En una máscara de otros colúmbidos, hermanos de raza y cultura, los Chilkat, las cuencas de los ojos estaban rellenas con dos antiguas monedas chinas. (Foto Museo del Hombre, París).



Shaman de los indios colúmbidos Haida con un peinado semejante a los de China. Los ideales y procedimientos estéticos de estos indios, según Adam, son similares a los de China arcaica. (American Museum of Natural History, New York).

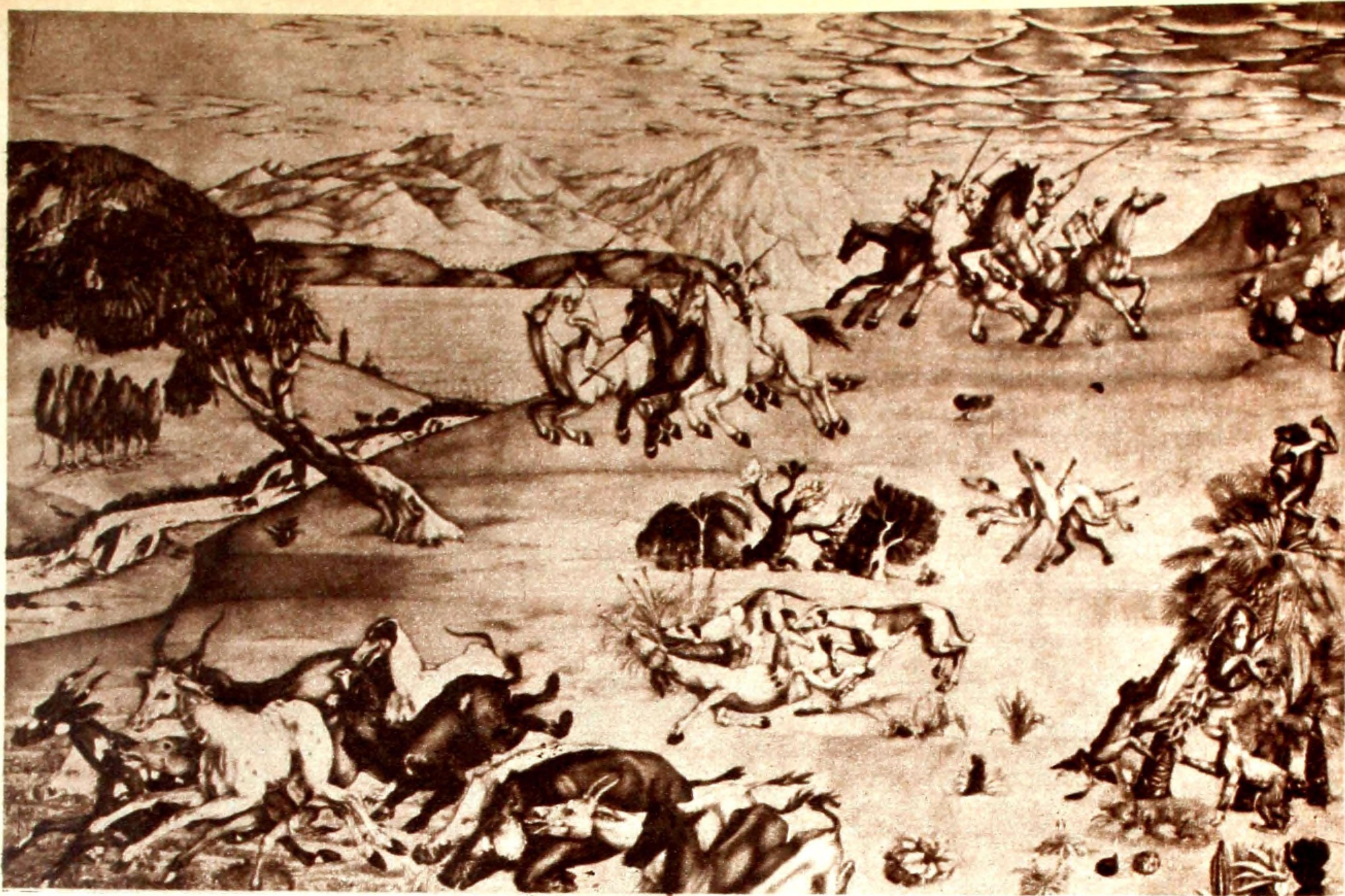
procuraba identificar con América, y en particular con México, el misterioso país. Ya anteriormente había procurado demostrar que los chinos eran una colonia egipcia (1760) y sus contemporáneos, aunque le respetaban, no le llevaron mayormente el apunte. Pero en el correr del siglo XIX —¿la novelería romántica por los países míticos?— hubo especialistas como H. De Paravey (1844), Ch. G. Leland (1844), E. P. Vinning (1885) que se dejaron seducir por el razonamiento de De Guignes. También, de inmediato, se levantaron las inevitables protestas de los críticos, de los espíritus cautos, de las mentes a la defensiva que en todo tiempo atemperan las teorías audaces con heladas duchas de racionalismo. Uno de esos negadores, G. Schlegel, trató de demostrar (1892) que el misterioso país de Fu-Sang no era otro que Corea o la isla de Sakhaline. Otros pensaron en el Japón. En América no existían caballos, ni vacunos, ni trípticos clasistas en la nobleza ni realezas "a la china" como dice H. Beuchat en su *Manuel d'Adchéologie Americaine*, 1912, los japoneses, mongoles o tártaros los antepasados genéticos o culturales de los pueblos y civilizaciones indígenas del Nuevo Mundo. Quien quiera seguir con detalles el proceso de estas teorías, en especial las muy alabadas de Enrique Martínez (1606) y Fray Antonio de la Calancha (1638), puede recurrir al ya citado y recomendado libro del gran americanista ítalo-argentino Dr. José Imbelloni, *La Esfinge Indiana*, que en sus dos ediciones de 1926 y de 1956 proporciona abundantes materiales sobre el tema. Cuando nos refiramos a la teoría "recentista" de Hrdlicka y a su panmongolismo volveremos sobre los atisbos precursores de los tratadistas de siglos pasados. Pero antes será necesario que resumamos, en un artículo próximo, las fantasías europeístas sobre el poblamiento de América y las realidades históricas de los viajes de exploración escandinavos.

Daniel D. VIDART.

(Especial para EL DIA).



Mujer de la tribu Caduveo, del Mato Grosso, Brasil, con un curioso tatuaje bucal. Recientemente (1954) Carl Schuster ha comparado los dibujos de los Caduveo con antiguos diseños chinos. (Foto Levi-Strauss).





La caza.

EL VIAJE BREVE D

ENTRE 1932 y 1957 se consumió la existencia de un muchacho italiano de excepcionales virtudes artísticas, cuya precocidad intelectual le predestinó sin duda para salir temprano de la vida.

Produce congoja la gloria meteórica de Paolo Buttini, que se fue en medio de la juventud, pero ya con los dones totales del genio maduro. Hubo acaso en él, un desnivel enorme entre la capacidad y la edad, entre lo realizado y lo ambicionado, entre sus sentimientos y un mundo que, si no le negó el laurel y el aplauso, no podía satisfacer sin embargo a un espíritu sediento de apetencias indefinibles. Su inquietud interior rebasaba la dimensión del escenario cotidiano, y la imaginación ardorosa terminó, como la túnica de Neso, por quemarle los días.

En sus breves años, "el niño prodigio de la pintura italiana", como solía decírsele, asistió, como espectador que se desdoblara de su condición creadora, al éxito de la crítica, al asombro y al entusiasmo de los entendidos. Pero iba de prisa, como quien intuye que ha de partir pronto. El tiempo le urgía, le llevaba de la mano, y cumplió el milagro de universalizar su fama, cercando antes de los veinticinco el tramo fecundo y corto de sus años. Tal vez no pudo sobrellevar la densidad trágica de su talento; los nervios le traicionaron al fin, y se marchó, herido por su propia complejidad, con todos los triunfos en la mano.

A los diecisiete años, con motivo de la próxima exhibición que se iba a hacer de sus obras en Nueva York, trazó una rápida autobiografía, *"Di me stesso"*, escrita con naturalidad, sin plantear conflictos sicológicos ni dramas íntimos; es el relato de un muchacho que evoca su infancia y su adolescencia, en un lapso que todavía no podía tener mayores incidentes anecdóticos.

Comienza, espontáneo: "Nací en Carrara, la ciudad del mármol, el 23 de agosto de 1932, a las 8 de la mañana". El acento procura ser liviano, risueño, pero de inmediato asoma el sesgo amargo, inesperado: "Parecía nauseado del mundo antes de conocerlo".

¿Qué germen de descontento traía esa naturaleza sensitiva, inquietante con apariencias de jovial desenfado? Cuenta en ese puñado de páginas, su interés, desde la infancia, por los animales, y tiene un pensamiento cariñoso para el caballito blanco, su amigo más querido de Vallombrosa, que le sirvió como primer modelo. Comenzó a dibujar caballos de todo tamaño; y al ingresar en la escuela, a los seis años, la fiebre del dibujo era ya, secretamente, la señal de una vocación definida. Dejó el lápiz por la pluma, y dominándola, copiaba cuanto insecto, ave, animal, le ofrecía el jardín.

Como para Buttini, vida y arte no ofrecen líneas divisorias, su autobiografía se refiere casi exclusivamente a sus preocupaciones de pintor. O acaso soslaya deliberadamente lo personal. Relaciona su adolescencia con el nuevo estilo que evidencian sus trazos: "No sólo yo crezco, sino que también crecen las líneas curvas, las ovaladas". Y aún: "Tengo una tendencia inconsciente al deformismo, una especie de malestar interior. Convencido de estar copiando a la naturaleza, me sirvo en cambio de ésta como de un idioma para expresar la oculta turbación íntima". Paolo percibe en él, una ansiedad "de rebelde expansión". En el Zoológico de Roma se siente a sus anchas; monos, leones, papagayos, osos, son sus temas vivos. Queda de ese período un centenar de dibujos. Vuelve a Carrara, para ingresar en la Academia de Bellas Artes. Y al poco tiempo se realiza allí la primera exposición del joven pintor. Una aceptación unánime y elogiosa lo consagra temprano. No se detiene a contemplar ni a paladear el triunfo: trabaja. Al cumplir los quince años, un extraño sueño le sugiere el tema para un cuadro: "La caza", que le llevó un año de labor minuciosa. Al terminarlo, su madre le envió a pasar unas vacaciones a Roma. En febrero de 1949, otra muestra, en Milán, llamó la atención de críticos y sicólogos. Y denuncia la perpetua búsqueda de sí mismo que torturó a Paolo, la respuesta suya a quien le preguntó si "alguna vez había dejado un cuadro a medio hacer": —"Todos están a medio hacer", fue la contestación del adolescente genial e insatisfecho.

Bajo control médico, fue a descansar a Ramiola. Partió luego para Cortina. Aquí, entre las montañas que bordean el horizonte, embaído en la quietud del paisaje, se interroga: "¿A dónde y por qué corro? ¿A dónde corremos? Todo deseo humano, toda conquista se vuelve ridícula frente a la paz y a la grandeza de la naturaleza". ¿Qué sed misteriosa dicta al muchacho estas reflexiones, qué escondía bajo la reserva tácita, elusiva de confidencias, que hay en su acento?



Pájaro y libélula.



... vaca.

PAOLO BUTTINI

...tro claro, una mirada limpia, ... a la vez talento y amargu- ... su enigma.

...Carrara apremiado por el deseo ...—su último plazo, sin saberlo— ... de aliento dantesco: "La eter- ... eterno dolor, la eterna conde- ... hombres". Y añade, sugestiva- ...go prisa por llegar: me siento ...l sagrado fuego del arte, y ten- ... por delante, apenas cuento ...os!". No era mucho el que le ...ado, sin embargo...

... de su fama, expuso en el Man- ...nd Palace, de Nueva York, en ...52, y obtuvo un triunfo clamo- ...de noventa mil personas visita- ...ción del jovencito de Carrara y ...e hizo admirativo y encomiás- ... a la patria glorioso, hacia la ...ma. No era fácil vivir con ese ...co y agobiante de su desborda- ...ión, visionario de quimeras y ... de monstruos, en un estilo cu- ...ñido, del que se desprende sin ... contenido confuso y acongojan- ... de los cuadros del Bosco. Los ...piciados precipitaron el fin de ... exaltar pictóricamente, "La ...universal".

... grandes rasgos, el itinerario ...lo Buttini, que compró con su ...supervivencia en el mundo del ...precio, que no sabemos hasta ...debe pagarse por tales logros, ...le tuvo razón Antonio Machado ...r, aunque fuera con ironía que ..."que el Arte es largo, y, además, ...".

... ha impresionado el desenvol- ...rtiginoso de este pintor super- ... desapareció en medio del fes- ...enía por comensal de honor. Es ...urbador. Es ceñido, exacto, pero ... produce algunas veces cierto ... Pule el detalle como un orfe- ...ico a veces; tierno hasta lo ex- ...as. Se integra de matices contra- ...roscuros espirituales, pero no se ...uda del tanteo de un joven que ...dose un sendero. Fascina y due- ...en el fondo de sus cuadros en- ...mensaje de fe en los hombres, ...veces en ellos un crítico incons- ... sin dureza, casi crueldad.

... rigores interiores se sometía su ... fuegos caldearon aquella inspiración lúcida y delirante a la vez, cuál fue la verdad de Paolo Buttini? ¿Era un enfermo o un ser normal ungido por un chispazo divino? ¿Qué fiebres ardieron en aquella alma que no soportó el desgaste de cada día? Se cumplió en él, la vieja sentencia sobre la juventud y los favoritos de los dioses. Nos deja un recado de preguntas sin solución, de inquietudes, de ecos misteriosos. A través de la lectura de *"Di me stesso"* y de las reproducciones de sus cuadros, sentimos que algo se nos escapa: ¿un pudor recóndito, un orgullo que se escamoteaba, una herida de desesperación, pudieron ser la causa? ¡Quién sabe! Pero ese terrible caudal artístico doblegó su adolescencia, le robó la juventud, le hizo adulto antes de hora. Nos lo imaginamos serio y sin alegría, dominado por su intrincado universo y su sensibilidad exasperada.

Paolo Buttini se nos aparece como un niño al que le defraudaron todas las promesas, menos aquella única que nunca disfrutan los elegidos: la posteridad.

Dora Isella RUSSELL.
(Especial para EL DIA).



Padre Gemelli.



Autorretrato.



Contraternidad universal.

Danza polaca, a orillas del Mar Báltico.



Escena campestre polaca

[illegible] EL MUNDO RECUERDA A CHOPIN

[illegible] figura del "poeta del piano" está presente en el mundo moderno como si [illegible] un músico de nuestro tiempo. No, con [illegible] más vigor, porque ningún compositor [illegible] siglo XX ha alcanzado la inmensa po[illegible]bilidad del gran polaco. Sin embargo, han [illegible]do exactamente ciento cincuenta años [illegible] que nació, en una aldea —Zelazowa [illegible]— cerca de Varsovia. El 22 de febre[illegible]e 1810, en un día crudo de invierno, [illegible]do los campos alrededor de la casa pa[illegible] estaban cubiertos de infinitas capas de [illegible] espesa y profunda, vio la luz quien en [illegible]reve vida habría de introducir al gran [illegible]do de la música, las melodías de su [illegible]a.

[illegible]studios en Varsovia, primeros éxitos, [illegible]eros amores; junto a los compañeros, [illegible]sueños de una Polonia libre del yugo [illegible], independiente, gloriosa como su he[illegible]o pasado. A los veinte, la partida para [illegible]mundo, hacia la fama universal; en el [illegible]bral de la ciudad paterna, los amigos lo [illegible]piden con un regalo simbólico y emoti[illegible] un cofrecito con tierra polaca; Viena, [illegible]mera etapa, donde poco antes murieran [illegible]thoven y Schubert y donde perduran en [illegible]memoria de los músicos, las figuras y las [illegible]as de Haydn y Mozart; quizá es preci[illegible]ente el cúmulo de estos recuerdos lo [illegible] impide la entronización de un nuevo [illegible]ilo; Chopin gusta, llama la atención por [illegible] novedoso de su estilo, pero no halla la [illegible]mósfera propicia para radicarse; después [illegible] varias otras etapas, la definitiva, París. "[illegible]stoy de paso aquí" dirá Chopin aún diez [illegible]os más tarde, con una sonrisa melancóli[illegible] y cuando ya se había aclimatado a la vida parisiense en todo lo que sean hábitos y costumbres. Frecuenta los salones literarios donde se encuentran los espíritus más progresistas, los artistas más renombrados, los aficionados más cultos. Aparece de vez en cuando dando un concierto público en la Sala Pleyel. Su música se ve impresa en todas partes; a la par de tres o cuatro otros grandes pianistas es el maestro predilecto de la sociedad.



Monumento a Chopin, en Varsovia.

Federico Chopin

Es la época de los pianistas, la primera ola del virtuosismo deslumbrante. Y su centro es París. Un cronista anónimo, de aquellos días escribe: "Thalberg es un rey; Liszt, un profeta; Chopin, un poeta; Herz, un abogado; Kalkbrenner, un ministril; madame Pleyel, una sibila; y Doehler... un pianista". Han desaparecido el rey, el abogado, el ministril, la sibila y el pianista; sólo figuran porque rodearon al profeta y al poeta que perduran en la historia. El profeta por derecho propio y por haber introducido al poeta; no sabemos si las escenas de sus primeros encuentros se desarrollaron aproximadamente como las expuso el cinematógrafo moderno. Pero fue una amistad noble y exenta de rivalidades. Liszt, el generoso, abriendo las puertas del triunfo al joven polaco recién llegado. Veintiún años tiene Chopin, y su descubridor... veinte. Pero es ya famosísimo, es el héroe de los salones parisienses y de innumerables salones de concierto de toda Europa. Y será él quien escriba, a la temprana muerte del amigo, su primera biografía, una semblanza cariñosa y verídica.

En los salones de París se encuentran Chopin y George Sand, una de las parejas de amantes más famosas de la historia. No fue amor a primera vista como veremos en seguida. "Anoche conocí a George Sand", dijo Chopin a un amigo, "la encontré extremadamente desagradable..." Y el músico Hiller, amigo de Chopin, relata que éste le dijera: "¡Qué mujer más repugnante es esa Sand! ¿Será una mujer, en verdad? Casi dudo..." Pero la duda no perduró mucho. ¿Qué fuerzas misteriosas intervinieron para trocar esta primera impresión en el apasionado amor que llena varios años? Pocos meses después del primer encuentro, en la primavera de 1838, ambos vuelven a encontrarse en una fiesta. Y de aquel encuentro se guarda la única prueba escrita de amor que se ha conservado (George Sand quemó luego todas las cartas del amigo); es una tarjeta con las iniciales de la escritora, y de su mano las palabras "On vous adore" (Se le adora). Quizá esta tarjeta le fue entregada a Chopin durante el baile; el músico estampó a continuación la triple exclamación: "Moi aussi! Moi aussi! Moi aussi! (Yo también-. Fue el comienzo de un idilio entre dos seres diametralmente opuestos, y destinado, de antemano, al fracaso (si es que puede calificarse una relación sentimental con términos tan simples).

Chopin no volvió a la patria. La revuelta iniciada por sus compañeros terminó sangrientamente, en las calles de Varsovia y en las horcas de la fuerza ocupante. Nunca más. Este dolor agrava sin duda su enfermedad, su tisis. Es en el fondo un exilado. Exilado triunfante, exilado rodeado de admiración y en situación holgada, pero exilado al fin. Y quien no sufrió el exilio no sabe lo que es. El destino hizo de esta desgracia personal una fuente de riqueza para el mundo: la música polaca conquistó el occidente, para siempre.

Dr. Kurt PAHLEN.

(Especial para EL DIA).

PAJAROS Y JAULAS

NO hace muchos meses, seis o siete, por resolución del Concejo Deliberante de la ciudad de Buenos Aires, se autorizó para que una vieja tradición porteña, buscara los rieles de la legalidad, encauzando su pintoresco hacer en normas prácticas. Por aquella resolución, se autoriza el funcionamiento domimcal del mercado de pájaros que tiene como sede las instalaciones de la feria municipal ubicada en la intersección de la avenida Sáenz y la calle Ancaste, junto a la estación Sáenz del Ferrocarril General Belgrano. El barrio de Nueva Pompeya, donde todo esto ocurre, contempla desde hace casi seis lustros, la actividad de estos coleccionistas y comerciantes, que gustan de tener en sus casas, casi siempre en sus viejos patios, a los alados huéspedes, no siempre conformes de su cautiverio ciudadano.

El deseo de saber cómo se realizan las operaciones de venta y canje del mercado de pájaros, nos lleva en la mañana de un domingo cualquiera al barrio de Nueva Pompeya, y todavía no hemos llegado al lugar mismo, cuando una caravana de jaulas, vacías y ocupadas, nos indica sin necesidad de preguntarlo, dónde se ubica la sede de la entidad. La cooperativa "Domingo Faustino Sarmiento", es el organismo que mantiene desde muchos años, la actividad del mercado; ahora está tramitando su personería, y las preguntas nos llevan hasta don Juan Carlos Parodi, que ejerce la presidencia provisoria de la entidad. Nos cuenta de los comienzos, hace muchísimos años; recuerda con cariñosa emoción al precursor de la entidad y quizás uno de los primeros y más entusiastas, don José Ossio, ya fallecido: —"Recuerdo a don José, desde que yo tenía pantalones cortos", nos dice Parodi. También recuerda con idéntico cariño a don José Lemos, que compartía su entusiasmo con el señor Ossio.

A lo largo de más de doscientos metros, bordeada por las instalaciones de la feria municipal, se extiende un bullicio respetuoso; niños y jóvenes, grandes y viejos, examinan los ejemplares, discuten sus características; los hay de todos los colores y tamaños; algunos que están orgullosos de su esclavitud, están sueltos sobre las jaulas; éstas son de todos tamaños y colores; el comercio de jaulas está por lógica junto al trámite de los pájaros. Hay una jaula grande llena de torcazas de collar; otra alberga una docena de codornices; más allá hay un grupo de mirasoles del norte argentino; cardenales serranos de copete negro, originarios de las sierras cordobesas; cardenales entrerrianos de copete rojo; cardenales amarillos traídos de la provincia de Santa Fe.



Un jaulón de loros paraguayos, está custodiado por un gran papagayo de plumas multicolores; canarios de todos los colores, atraen la atención de verdaderos especialistas: unos buscan "canto", otros buscan "color"; tres garzas jóvenes, esbeltas, irán pronto a algún lujoso jardín; hay una verdadera multitud de cotorras australianas, que al despertar nuestra curiosidad sobre su origen, nos asombran con saber que en cada rincón de la ciudad hay un criadero de ellas.

Algunas veces el hombre siente la soledad; para su cura, nada tan agradable como eficaz, que la compañía de los pájaros. Concurrí muchas veces a las oficinas de un gran industrial; fabricaba perfumes, y un gran privado, cuyas aberturas había protegido con mallas de alambre, mantenía en una relativa libertad una cantidad de pájaros hermosísimos, creía el buen hombre que el tamaño de la jaula hacía el mayor porcentaje de libertad; lo cierto es que los pájaros vivían felices. Conocí al encargado de una casa de departamentos, que para limpiar la jaula de su canario, lo ponía en libertad todas las mañanas; el anecdotario de las jaulas, tiene infinitas páginas, todas ellas de amor; los divinos prisioneros devuelven en cantos y cariños, la triste situación de su cautividad. Bajo la parra o la glicina, en la ternura del patio familiar, cantan los pájaros cautivos, chacharrea un viejo loro, y los gorriones libres llegan a recoger sobre la frescura de grandes baldosas coloradas la limosna que le regalan sin querer su opulentos amigos en cautividad.

os mejores cantos de la tierra criolla.
n del tierno hacer de estos seres alados,
quienes su paso por la tierra tiene
ido de caricia; el hombre ha querido
sionarlos, sin que para ello haya tenido
ás la intención de un castigo; quiere
bien tenerlos junto a sí, quizás para
izar el difícil aprendizaje del canto y
ala. Dos hombres han unido sus senti-
ntos en estas tierras del Plata, para
trarnos la vida de los pájaros nuestros;
los Selva Andrade ha escrito amorosa-
nte sobre ellos y Axel Amuchastegui los
pintado primorosamente; ambos confie-
su amor por los pequeños seres. Cór-
a Iturburu los dice en versos tiernos;
ones los pone en la vida junto a los
tas; Hernández y Gutiérrez, Hudson y
raldes. Silva Valdez y Juana de Ibar-
uru, todos ellos dicen su pasión por el
aro y el nido. La jaula castiga un poco
vocación de azul con que los pájaros ma-
n la vida del hombre; pero el hombre
la ciudad no se conforma con los gorrio-
traviesos y dañinos; y ha enjaulado los
aros de las campiñas variadas, para te-
los cerca; ha llegado a quitarles la liber-
, en cambio de su alimento seguro, de
nido protegido, de todo su cariño; les
brindado la egoísta seguridad de las
las.

Cuando regresamos del mercado de pá-
os de Nueva Pompeya, traemos muchas
flexiones gratas al espíritu; no nos senti-
s capaces de censurar definitivamente el
porte de las jaulas; y nos venimos pen-
ndo en aquel cordobés enamorado de los
jaros, que para igualarse en la realidad
n sus cautivos amigos, encerró en una
an jaula de muchos metros de altura y
ás de superficie, la propia casa con los
boles próximos, conviviendo el amplio
utiverio de cientos de pájaros de las más
riadas especies y cantos y colores.

José María LONGO.

Buenos Aires, 1960.
Especial para EL DIA





Fotografías Enrique Colm.

MONTEVIDEO Y BUENOS AIRES EN FIN DE SIGLO

LA impetuosidad temperamental de aquella gran periodista que fue Eva Canel, y su afán por esclarecer quijotescamente la historia de Hispanoamérica deshaciendo los entuertos de las negras leyendas, pluma en ristre por las tierras que la protagonizaron, la pusieron en 1899 en el trance de cabalgar nuevamente por todo el continente americano —por el que desarrolló una campaña de alto valor patriótico— donde en verdad se conservaba más viva que en los archivos la raíz y el decoro de la hispanidad.

Pero también como en Alonso Quijano el ideal formado por Eva Canel iba muy lejos de la realidad y las amarguras y las mieles de este choque, fueron quedando reflejadas con la vehemencia febril de su literatura, más que en sus libros, en sus epistolarios. El de esta segunda salida de tan ilustre asturiana, comienza en Madrid y está dirigido a Fray Ramón Martínez Vigil para pedirle que con su bendición la armase caballero de la fe y de la paz.

Ya en su andanza por la capital de España, a donde la llevara la reimpresión de sus obras: *Oremus y Magosto*, conoció que Madrid era un pozo airón y que las Cámaras — como dirían también Rivero y Palacio Valdés— eran una desaforada feria de gobernantes incapaces de iniciativas salvadoras para un pueblo que palpaba la ruina de su imperialismo. Del que Eva Canel veneraba y cuyo prestigio intentaba conservar

Con estas primeras desilusiones clavadas en lo más sensible de su patriotismo, se embarcó en Cádiz el 7 de mayo, en el "María Cristina", arribando a Buenos Aires en la oportunidad de celebrarse el desfile de la Independencia. No obstante tan feliz ocasional acogida y los indiscutibles éxitos que allí fue obteniendo como conferenciante, autora teatral y periodista, por los que la prensa le otorgó insospechada popularidad y los clubes españoles su más alto honor: no obstante todo lo bien que le fue en la feria, Eva Canel no habló del tradicionalismo criollo, hospitalario y distingudo, como lo conoció en 1874.

En sólo veinticinco años la capital argentina se había convertido en una ciudad de buenos edificios, pero cosmopolita, abigarrada, egoísta, sin más solidez ni otro credo que el de amasar y circular dinero. Ante ello, el idealismo de Eva Canel escribió uno de los epistolarios íntimos más crudos y en él no queda nada que no repudie de la ciudad, cerca del Obispo de Oviedo; como se apreciará por las glosas que hacemos seguidamente de los párrafos más destacados.

Para ella, todos los afanes de aquel pueblo se movían influídos por un utilitarismo abominable. La Opera no atraía los gustos por sus exquisiteces artísticas, sino por lo que se pagaba; y las mujeres no se sentaban en los palcos para someterse a las emociones de la escena, sino para, mudas e inconmovibles, mascar pastillas y ser el maniquí de un escaparate de joyas y pinturas. En el ahora de 1899, el rango de los caudales habían suplantado al de la sangre, al de aquellas mujeres que en "El cinto vengador" o en "La Garza Porteña", ella pintara como de alto tono y ficciones aristocráticas.

Aun en las luchas de partido el positivismo ahogaba todo reflujo de ideal noble y desinteresado. Excepto Roca, que acababa de demostrar gran habilidad en los conflictos de límites con Chile —y al que Eva Canel consideraba insustituible por el conocimiento de su gente y su diestra energía— los demás gobernantes no poseían otro objetivo que un desmesurado egocentrismo y afán de mando, entre un pueblo que vivía cegado por el dinero y en el que la emulación sólo despertaba para la riqueza y se dormía ante la verdad y el espíritu. El Río de la Plata, tenía entonces un significado económico y otro caudal, que no el geográfico ni fluvial.

En tal sentido la prensa bonaerense no era para nuestra escritora, más que de gran tamaño —como las antenas de la Radio Nacional Española, para Pío Baroja— y los corresponsales extranjeros, singularmente los españoles, no dudaban en dejar mal parada su patria con tal de lograr mejores sueldos adulando lo argentino.

Frente a esta crisis de ideal y de patriotismo, que tenía sus raíces más hondas en el descuido con que los desdichados gobiernos españoles precedentes fomentaron el estudio por la literatura extranjera, en detrimento de su propia historia —y pueblo que no la conoce va condenado a morir— despertó en el cosmopolitismo bonaerense un peligroso nacionalismo, en el que hizo crisis lo latino y más concretamente cuanto llevaba la etiqueta de español.

La emulación racista entre lo mediterráneo y lo sajón, es decir entre el espíritu y la materia, adquiría aun en la propia España caracteres tan acusados que en el célebre Congreso de Burgos ocupa la oratoria del Cardenal Cascajares y del Prelado Montes de Oca. Cundió con tal actualidad y vigor por Europa y por América, que plumas como la de Eva Canel le han dedicado muchas y apasionadas páginas.

En Buenos Aires, pese a ser la colonia dominante en aquel momento la italiana, y a que los yankees —según Eva Canel— no tenían más contacto con los argentinos que en lo puramente mercantil, pues limitaban la vida social a la de sus clubes, se iba imponiendo lo sajón. Allí como en España, tener dinero era tenerlo todo, y un Mr. Huntington podía llevarse con la biblioteca de un Marqués de Jerez los frutos del lozanísimo entendimiento español; causándonos más daños que todos sus paisanos juntos.

fue necesario excitar los ánimos, como en ninguna otra parte del hemisferio indiano, para lograr reunir unos cientos de pesos, cuando los emigrantes decidieron regalar a España aquel famoso crucero "Río de la Plata".

Ante este panorama, no es de extrañar que sufriese una conmoción brusca el idealismo de Eva Canel, y que por lo tanto su pluma gimotease en tono agrio y en ocasiones cruel cuando registraba en su epistolario — y hasta en su libro "Por la Justicia y por España"— la situación y personalidad de Buenos Aires, en fin de siglo.

Pero su juicio no resulta tan severo si recordamos las opiniones vertidas en 1893 por Lucio Vicente López en su discurso en la colación de grados en la Universidad de Buenos Aires o las de Paul Grousac, enunciadas cuatro años después en "Del Plata al Niágara", en las que ambos consideran la preponderancia del sentimiento materialista en la Argentina; mientras en Montevideo —no lo olvidemos— Rodó publicaba en 1900 su "Ariel". Por eso no hemos querido ocultar la visión de Eva Canel sobre la Argentina, y porque además sus anotaciones tienen el valor del testimonio del viajero y aunque la fisonomía de un país no depende de la literatura que de él se haga, sino de los hechos permanentes de su historia, en este caso nos ha de servir para comprender mejor la impresión que luego le causó el Uruguay; pues nada más estimable para juzgar el nivel de un pueblo, que conocer el de los próximos ya que de las oscilaciones de éstos, sube o baja también el de aquél.



Retrato de Eva Canel. (Fotografía de "La Alborada").

Hasta tal punto influyó lo sajón, que con ser el castellano el idioma nacional, y tener tan arraigada su estirpe en la carne y en la sangre argentina, se temió por su desaparición máxime cuando un Decreto de Gobierno relevó a los extranjeros —que eran en su mayoría españoles— de las cátedras de idioma.

Las causas, aunque Eva Canel no lo diga, eran sin duda alguna el desconocimiento que del pasado de su patria tenían los emigrantes españoles, y por lo mismo no podían enseñar a sus hijos las virtudes de su raza. De aquí nació un republicanismo furibundo que llegó a exagerar los defectos de la Madre Patria, y hasta el primero en mofarse de ellos, durante algún tiempo, fue un periódico que llevaba en la cabecera el calificativo de español.

De todos los pueblos que formaban el complejo de la sociedad bonaerense, era precisamente el peninsular el más desunido y el que mostraba un mayor desamor por los vaivenes de su patria, hasta tal punto que

Pero lo importante para nosotros, observadores de un horizonte histórico a sesenta años de distancia, que vivimos en el mundo de la técnica más que en el mundo del corazón, es ver como todos aquellos hechos que crearon la agonía de lo español, lejos de asolarlo lo afianzaron.

J. L. PEREZ DE CASTRO.

(Especial para EL DIA.)

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS

COMIENZA LA EXPEDICION DESDE TARZANLANDIA





TARZÁN HABÍA EMPAQUETADO ORO Y UTENSILIOS DE LA EDAD DEL COBRE PARA LLEVAR A LA CIVILIZACIÓN. SU DESTINO, UNA BASE AÉREA PARA QUE EL PROFESOR PLANDOME PUDIERA LLEVAR SUS SECRETOS A AMÉRICA.







DESPUÉS DE BAJAR 5.000 METROS DE ROCA VOLCÁNICA VIERON EL FOLLAJE DE LA JUNGLA.





LA NOCHE ENCONTRÓ A TARZÁN CONSTRUYENDO UNA BALSA EN LA ORILLA DEL RIO QUE HABÍAN VISTO DESDE TARZANLANDIA.



EL PROXIMO DOMINGO: LA TRAMPA DEL RIO SIN NOMBRE.

durante febrero



Sombrero reversible en tela a lunares, combinado con tonos lisos $ 4.80

Presentamos en lastex importado, creaciones de líneas armoniosas y tonos de actualidad; de $98.00 a $ 78.00

Malla de baño en lastex de alta calidad, con fino detalle combinado en la solapa. Talle 6 de $ 59.50 a $ 47.50

Aumenta $ 4.70 por talle

Novedoso sombrerito en tela de colores lisos $ 4.80

Salida de baño en Jumel, moderno tejido de excelente resultado, diversos colores. Talle 8 de $ 44.50 a $ 35.50

Aumenta $ 3.20 por talle





Traje de baño realizado en Zephir escocés de alegres y firmes colores. Talle 4 de $ 30.00 a $ 24.00

Aumenta $ 1.30 p talle

Traje de baño en gros liso, con adornos de picot y moderna pollera tableada. Talle 2 de $ 18.00, a $ 14.00

Aumenta $ 1.50 p/talle

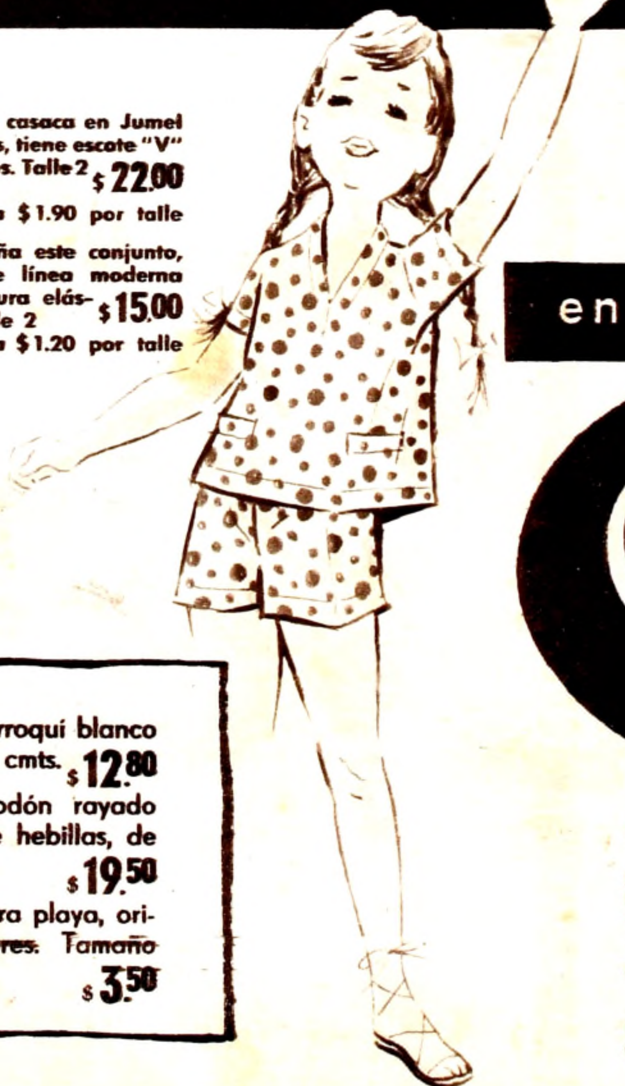
SECCION SPORT y PLAYA

PRECIOS REBAJADOS

Novedosa salida en popelina estampada, con moderno cuello y variedad de colores. de $ 54.00, a $ 42.00

Malla de baño realizada en popelina a lunares, es de líneas clásicas, que luce siempre elegante, de $ 55.00, a $ 45.00

Práctico bolso en tela fantasía, con interior de goma $ 12.00



Original casaca en Jumel a lunares, tiene escote "V" y bolsillos. Talle 2 $ 22.00

Aumenta $ 1.90 por talle

Acompaña este conjunto, short de línea moderna con cintura elástica. Talle 2 $ 15.00

Aumenta $ 1.20 por talle

PROGRAMACION DE **CASA SOLER** EN SAETA T.V. - **Lunes** a las 20 hs. Escenario de Variedades. - **Martes** a las 21 y 15 hs. Grandes presentaciones de Juan D'Arienzo. - **Miércoles** a las 20 y 30 hs. Escenario de Variedades. - **Jueves** a las 22 y 50 hs. El Show del Verano de Oro



Cinturones en cuero marroquí blanco con forma. Ancho 0.04 cmts. $ 12.80

Juvenil casaca en algodón rayado con atractivo detalle de hebillas, de $ 26.00 a $ 19.50

Pañuelos de cabeza para playa, originales diseños y colores. Tamaño 0.50 x 0.50, a c/u $ 3.50

en las 3 avenidas y

Casa Soler

SOLER HNOS. S. A.

50 AÑOS 1909-1959

CASA MATRIZ
Avda. Agraciada 2302
TELEF. 20.09 61

SUC. GOES - Avda. Gral. Flores 2341 - TELEF. 24200 - 24300 - 24400

SUC. CORDON
Avda. 18 de Julio 1601
TELEF. 40 41 11

CLIENTES DEL INTERIOR: Dirijan vuestros pedidos a nuestra CASA MATRIZ, Avda. Agraciada 2302 y Marcelino Sosa.

APROVECHE LAS EXCEPCIONALES OFERTAS QUE PRESENTAN TODAS LAS SECCIONES

Capurro & Co.